

CONTACTOS Y FRONTERAS DE LENGUAS EN LA CAJAMARCA PREHISPÁNICA

Luis Andrade Ciudad^a

Resumen

Un breve repertorio léxico del telar de cintura, recogido en Agallpampa (Otuzco, La Libertad), aporta evidencia contraria a la idea de que existió identidad idiomática entre la zona de emplazamiento de la extinta lengua culle y el valle de Cajamarca, en el departamento del mismo nombre. En cambio, abona a favor de esta propuesta la identificación de un elemento gramatical atribuible al culle en ambas zonas: el sufijo diminutivo –ash–, como en cholasho ‘muchachito’ y chinasha ‘muchachita’. Este contraste constituye una ilustración del debate abierto por Torero (1989) sobre la existencia de idiomas indígenas particulares en las provincias centrales cajamarquinas (las lenguas den y cat) y continuado por Adelaar, con la col. de Muysken (2004), quien ha planteado que los ejemplos de comunidad léxica entre el núcleo de la zona culle y las palabras indígenas del quechua cajamarquino que no pueden ser atribuidas al fondo idiomático quechua sugieren la existencia de un sustrato culle en el valle de Cajamarca. Este artículo argumenta que para resolver esta aparente paradoja, es necesario pensar en términos de estratos lingüísticos, es decir, en diferentes etapas de hegemonía idiomática previas a la presencia del quechua y del castellano en dicho territorio. El estrato más antiguo correspondería al fondo idiomático den, mientras que el posterior, previo al advenimiento del quechua y el castellano, correspondería al culle. Partiendo de la investigación arqueológica realizada en la zona y de la reciente atribución del quechua cajamarquino a la avanzada huari (Adelaar 2012), se sostiene que la separación temporal entre ambos estratos debió de ser prolongada, ya que el culle tendría que haberse asentado en la zona mencionada antes de la expansión norteña de Huari. Sin embargo, la existencia de toponimia mixta quechua-den previene contra la posibilidad de generalizar esta hipótesis al territorio cajamarquino en su conjunto, especialmente al sector sureño occidental (Contumazá).

Palabras clave: lingüística andina, contacto lingüístico, lengua culle, Andes norteños, léxico textil

Abstract

LANGUAGE CONTACT AND LANGUAGE BOUNDARIES IN PREHISPANIC CAJAMARCA

A small lexicon of traditional weaving (telar de cintura), collected in Agallpampa (Otuzco, La Libertad) offers evidence against the idea of any linguistic identity being shared between the area of the now extinct Culle language, and the Cajamarca Valley. Yet, such a link is supported by the isolation of a grammatical element, traced to the Culle language in both areas: diminutive suffix –ash–, as in cholasho ‘young little man’ and chinasha ‘young little woman’. These contrasting data shed new light on a discussion begun by Torero (1989) about the existence of particular languages in the central Cajamarca area (languages Den and Cat); and continued by Adelaar with Muysken (2004), who suggest that cases of lexical community between the Culle geographical nucleus and indigenous words of Cajamarca Quechua, which cannot be traced back to Quechua idiomatic sources, suggest that a Culle substratum holds for the Cajamarca Valley. This paper argues that, in order to solve this apparent paradox, it is necessary to focus on this issue in terms of linguistic strata: i.e., different stages of idiomatic hegemony before Quechua and Spanish were established in the region. The oldest stratum would be associated with Den, and the more recent, albeit still prior to the Quechua and Spanish periods, would be Culle. Based upon archaeological research in the area and on the recent association of Cajamarca Quechua with the Huari expansion (Adelaar 2012), I suggest that the chronological distance between both strata must be deep, since Culle would have been established in the region long before the Northern Huari expansion took place. Nonetheless, the existence of Quechua-Den mixed toponyms precludes this hypothesis being applied to the whole Cajamarca territory, especially its southwest area (Contumazá).

Keywords: Andean linguistics, language contact, Culle language, Northern Andes, weaving terms

^a Pontificia Universidad Católica del Perú, Departamento de Humanidades.
Dirección postal: av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú.
Correo electrónico: lfandrad@pucp.edu.pe

1. Introducción

A fines de la década de los ochenta, Willem Adelaar (1990 [1988]) y Alfredo Torero (1989) propusieron, de manera independiente, hipótesis relativamente coincidentes sobre la zona de emplazamiento de la extinta lengua culle, una lengua indígena distinta del quechua, del aimara y del mochica, que se habló desde antes de la dominación incaica en un territorio que corre, de norte a sur, desde el sector sureño del actual departamento de Cajamarca (provincias de San Marcos y Cajabamba) hasta la actual provincia de Pallasca, en el departamento de Áncash, ocupando lo que hoy son, prácticamente, todas las provincias serranas del departamento de La Libertad, incluido Huamachuco (hoy Sánchez Carrión), importante centro religioso del Perú prehispánico, organizado alrededor del culto a Catequil, en el templo de Namanchugo, en las cercanías del cerro Icchal (Topic 2008). De esta manera, Adelaar y Torero demostraron también el poder de la toponimia para la elucidación del pasado lingüístico andino, puesto que sus hipótesis tomaron como fuente principal los nombres de lugares, en cuya interpretación emplearon, como importante complemento, escasos pero valiosos datos lingüísticos ofrecidos por la documentación colonial y republicana, especialmente el «plan» o vocabulario preparado a fines del siglo XVIII por el obispo de Trujillo, Baltasar Jaime Martínez Compañón (1978 [1790]), que contiene información léxica sobre las diferentes lenguas habladas en la amplia jurisdicción del obispado de Trujillo, y un listado de vocablos culles recogido a inicios del siglo XX por el religioso Teodoro Gonzales en la localidad de Aija, provincia de Pallasca, Áncash (Rivet 1949).

Una de las principales vías que quedaron pendientes de análisis fue la fijación de las fronteras de la lengua. Mientras que la frontera sur quedaba bastante clara, por la presencia contundente del quechua conchucano en las provincias ancashinas de Corongo y Sihuas hasta el presente, y el límite este quedaba casi arbitrariamente fijado por las aguas del río Maraón,¹ los flancos oeste y norte resultaban más difíciles de esclarecer, en gran parte por la castellanización avasalladora operada en dichas direcciones. En este artículo, me concentraré en la frontera septentrional de la lengua, pero no quisiera dejar de llamar la atención, en esta introducción, sobre la importancia de emprender una delimitación más clara de la frontera occidental del idioma, pues, por un lado, la relación entre la sierra norte y la costa ha sido un ámbito descuidado por la lingüística histórica andina y, por otro, la documentación etnohistórica invita a pensar en un vínculo más estrecho entre ambas regiones de lo que se ha venido imaginando hasta el momento.²

En este artículo, invitaré a reconsiderar el debate sobre la identidad lingüística entre la zona culle y la región que hoy ocupan la provincia de Cajamarca y sus territorios aledaños, a la luz de material léxico y gramatical recopilado en el distrito de Agallpampa, provincia de Otuzco, La Libertad. Dicho material consiste en un breve repertorio de palabras que nombran las diferentes partes del tradicional telar de cintura y en un conjunto de datos sobre un sufijo diminutivo que, según sostendré, ha sido prestado de la antigua lengua culle al castellano andino norteño. Estos datos parecen ser, a primera vista, contradictorios, pues el primero aporta evidencia a favor de la separación lingüística, mientras que el segundo apunta a la postura contraria. Como mostraré en la discusión, este pequeño contraste constituye un reflejo de una paradoja mayor que emerge de los estudios toponímicos realizados por Torero (1989), y de un importante apunte sobre el tema presentado por Adelaar, con la col. de Muysken (2004). Para ofrecer una propuesta de solución a esta contradicción aparente, sugeriré que en el valle de Cajamarca se produjo una ocupación lingüística cronológicamente diferenciada, a manera de estratos idiomáticos, antes del advenimiento del quechua y del castellano, e intentaré trazar algunos paralelos entre este planteamiento y algunos estudios arqueológicos que ilustran la complejidad cultural de la región en tiempos prehispánicos. Esta hipótesis implica una separación temporal clara entre la hegemonía culle y las denominadas lenguas den y cat, y no una coexistencia entre estos idiomas, como propuso Torero (1989: 234), por lo menos para el valle de Cajamarca. Dicha separación temporal tendría que ser pronunciada, si se toma en cuenta la reciente atribución del quechua cajamarquino a la expansión huari (Adelaar 2012). En la discusión sugeriré, también, que el planteamiento propuesto invita a una relectura de las informaciones de los cronistas acerca de la identidad cultural y lingüística entre ambas zonas (Cieza de León 1984 [1553]: 235-236; Pizarro 1986 [1571]: 73). No obstante, la identificación de toponimia mixta quechua-den, no advertida previamente por Torero (1989), invita a tomar con cautela la posibilidad de generalizar esta propuesta al conjunto del territorio cajamarquino, especialmente al flanco más occidental, en la actual provincia de Contumazá.

2. La zona de estudio y el problema

La zona en la que se recogieron los datos, el distrito de Agallpampa, en la provincia liberteña de Otuzco, se suele confundir con un centro poblado homónimo en Cajamarca, donde quedan las conocidas Ventanillas, hoy convertidas en parte de los atractivos turísticos del distrito de Baños del Inca. El Otuzco en que se desarrolló este estudio es una importante provincia de La Libertad muy conectada a Trujillo y a las localidades más importantes de la sierra liberteña, como Huamachuco y Santiago de Chuco. En esta provincia se asienta el distrito de Agallpampa, a 2920 metros de altitud y en la margen izquierda del río Moche. Agallpampa es considerado como un «puerto terrestre» por sus habitantes, por ser «el cruce de todos los caminos» entre la costa y la sierra liberteña, como afirma una popular canción local.³ Otuzco, en general, y Agallpampa, en particular, se encuentran claramente enclavados en el territorio definido por Adelaar (1990 [1988]) y por Torero (1989) como la antigua zona de emplazamiento de la lengua culle, formando parte de su flanco occidental. La toponimia de la zona —por ejemplo, el nombre del cerro *Quisday* y las cercanas localidades de *Chanchacap*, *Siguival* y *Labunday*— se corresponden nítidamente con algunas de las terminaciones identificadas por los mencionados autores como diagnósticas de la presencia culle. Además, existe documentación colonial, en el Archivo Arzobispal de Trujillo, que da cuenta de la presencia del culle en el territorio otuzcano, por medio de una visita pastoral llevada a cabo en 1747 por el obispo Gregorio de Molleda y Clarke, para verificar la situación de los indios y para confirmar, con preocupación, el hecho de que los doctrineros desconocían la lengua materna, que era distinta del quechua. Para la inspección del obraje de Sinsicapa (actual Sinsicap), por ejemplo, se utilizaron los servicios del «Dr. Diego Zumelzú, teniente del cura de Otuzco y lenguaraz en culli» (Marzal 1983: 364-373).⁴ Así, no existen dudas acerca de la identidad lingüística de nuestra zona de estudio.

La geografía otuzcana, como la mayor parte de la sierra norteña, se caracteriza por nublados bosques de eucalipto sembrados por los antiguos hacendados, y su producción agropecuaria se orienta al cultivo de papa, oca, olluco, pero también de maíz en las zonas más bajas, así como a la crianza de ganado principalmente ovino, los llamados *guachos* en el castellano de la zona. La variedad otuzcana de castellano, especialmente la de las zonas rurales, se encuentra marcada por préstamos léxicos del antiguo idioma, y algunos de estos ya han sido identificados como tales por la literatura, tal como el nombre del *chungo*, la piedra ovalada para moler en el batán, y el *shámbar*, la típica y contundente sopa de los lunes, hecha de trigo pelado y partido, habas, arvejas y carnes diversas.⁵ Otras palabras de probable origen culle han sido recopiladas en Agallpampa, durante una corta visita realizada en marzo de 2009.⁶ La mayor parte de dichos vocablos están referidos a la actividad agraria, a la crianza, a la nomenclatura botánica y zoológica y, como veremos después, a la actividad textil tradicional. Sirvan de ejemplos aislados sobre el léxico agrario el *shiguillo* o deshierbe y la *poña* o rastrojo, los restos que deja la trilla del trigo y la cebada.⁷ Un interesante término referido a la crianza es *amballe*, malestar general que sufren los bebés o *caishas*, manifiesto en llanto constante y congestión, y que ha derivado el adjetivo *amballento* ~ *ambaliento*. Ejemplos de nombres probablemente culles en la terminología botánica local son la hierba *churguís*, que sirve para curar a los niños *amballentos*; el *maichill* ~ *maichil* (*Thevetia peruviana*, según Brack Egg 1999), arbusto leñoso de flores amarillas que da unos frutos a manera de nueces que, una vez secos, se usan como cascabeles atados a las pantorrillas de los danzantes en los bailes tradicionales; y la *cautagona*, un «monte», en la clasificación botánica andina, cuyo nombre recuerda de manera sugerente al de la diosa Cautaguan, madre de Catequil según el mito de origen huamachuquino.⁸ Debo mencionar también el nombre local de la tara o *Caesalpinia spinosa*, a saber, *taya*, tal vez relacionado con el nombre quechua por la coincidencia fonética, presente en topónimos como Tayabamba, en Pataz, La Libertad.

En contraste, la identidad lingüística prehispánica de la zona surcentral de Cajamarca, específicamente el valle del mismo nombre, sigue siendo enigmática. El quechua que hasta hoy se habla ahí se ha limitado a enclaves geográficos muy reducidos (Quesada 1976a, 1976b), los que han sido interpretados recientemente como huellas de la avanzada huari hacia el norte (Adelaar 2012). Los cronistas coincidieron en señalar la comunidad cultural entre las antiguas «provincias» de «Guamachuco» y «Caxamalca». Cieza de León (1984 [1553]: 235-236) refirió, por ejemplo, que «la provincia de Guamachuco es semejable a la de Cajamarca y los indios son de una lengua y traje»; Pedro Pizarro (1986 [1571]: 73) subsumió en una

misma descripción a los naturales de ambas zonas, y relató que llevaban «los cabellos largos y en las cabezas unas madejas de lana colorada alrededor». El dato etnohistórico ha llevado a algunos estudiosos a postular, casi mecánicamente, la hipótesis de la identidad lingüística, y no ha faltado quien proponga, incluso, una direccionalidad norte-sur en la difusión del culle, con Cajamarca como lugar de origen (Silva-Santisteban 1986: 365), partiendo de la cuestionada equivalencia entre lengua y artefactos culturales materiales como la cerámica. Sin embargo, los datos toponímicos analizados por Torero a fines de la década de los ochenta dibujaron un panorama distinto para el territorio de la actual provincia cajamarquina. En efecto, el estudioso encontró «un territorio toponímico completamente diferente del culle, que no ostenta ninguno de los segmentos indicados para este», y más bien, sí, en la mitad occidental de la provincia, extendiéndose hacia Chota, San Pablo y Contumazá, el componente final *-den* o *-don* y sus variantes *-ten* y *-ton*, y en la mitad oriental, en el valle de Cajamarca propiamente dicho, avanzando hacia el noreste (Celendín), las terminaciones *-cat* y *-gat* - *-gad*, y sus variantes *-cate* y *-gate*. Sirvan como ejemplos de estas áreas las siguientes series de topónimos: *Quindén*, *Pushtén*, *Caucadón*, *Yetón* y *Shultín* para la primera; *Siracat*, *Usangad*, *Llaycate* y *Sallangate* para la segunda (Torero 1989).⁹

Complejizando aún más el panorama, a mediados de la década del 2000, Adelaar, con la col. de Muysken (2004: 403-404), apuntó que, de manera interesante, las variedades quechuas de Cajamarca contienen un importante sector de vocabulario indígena no atribuible al fondo léxico quechua y que, más bien, muestra correspondencias con el léxico culle identificado por Pantoja (2000) en Santiago de Chuco, La Libertad. Esta serie de términos comunes —como las palabras *chucaque* para nombrar un tipo de malestar que combina el dolor de cabeza y las náuseas; *dasdás*, expresión equivalente a ‘rápido, apresúrate,’ y el adjetivo *lámbaque* ‘desabrido’— sugiere la existencia de un sustrato culle en el área que actualmente ocupa el quechua cajamarquino, en particular, en el distrito de Chetilla (Adelaar, con la col. de Muysken 2004: 404).¹⁰ Adelaar concluye: «Se requiere más investigación para explicar la contradicción entre la ausencia de topónimos culles al oeste de Cajamarca y la presencia de una considerable cantidad de léxico culle en el quechua de esa misma área». El centro de este artículo consiste en argumentar que esta es una contradicción aparente, pero antes de sugerir una vía de solución, quisiera reforzar la paradoja por un momento mediante la presentación de un conjunto de datos recogidos en Agallpampa.

3. Los nombres del tradicional telar de cintura

Los datos léxicos de mayor interés para el problema que nos ocupa fueron proporcionados por la señora Maximina Gutiérrez Carranza, única tejedora del distrito de Agallpampa que, en la actualidad, trabaja con la técnica del tradicional telar de cintura. Ella, que aprendió el oficio de una tía, natural del anexo de Chual, detalló los nombres de las partes de este telar, los cuales tienen clara raigambre indígena. El material se adivinaba prometedor, ya que, por un lado, conocíamos de datos similares recogidos en las provincias de Cajamarca y Chota, y, por otro, se trata de una técnica indígena tradicional de carácter eminentemente femenino, y las mujeres son, en el ámbito andino, quienes han tendido a preservar de manera más celosa las huellas de las lenguas y culturas originarias, como ha destacado Cerrón-Palomino (2004: 98) y como ilustra el caso de doña Lela Nuntón para el mochica (Cerrón-Palomino 1995: 193).

El material también se mostraba sugerente por el papel que ha desempeñado el léxico del telar para la investigación de las lenguas indígenas extintas en el norte del Perú. En efecto, en las primeras décadas del siglo XX, el estudioso alemán Heinrich Brüning (1989 [1922]: 39) recopiló nombres vinculados al tejido tradicional en las zonas de Olmos, Sechura y Eten y, sobre la base de un escaso repertorio de tres entradas, sumado a la tradición oral, fue posible plantear una vinculación entre la lengua especializada de los arrieros olmanos y el antiguo idioma de Sechura, puesto que las afinidades eran claras entre Sechura y Olmos, mientras que las palabras etenanas, que reflejaban un fondo mochica, se mostraban distintas y no relacionables. De este modo, contamos hoy con una propuesta sobre la lengua de Olmos que, aunque todavía preliminar y especulativa, es compartida por Torero (2002: 226) y Cerrón-Palomino (2004: 88): estaríamos ante una suerte de idioma especializado de los arrieros olmanos que integra léxico sechurano con una base gramatical mochica, a la manera de la lengua callahuaya de los herbolarios de Charazani, en Bolivia, de la que tradicionalmente se ha dicho que integra léxico puquina en un entramado gramatical quechua.

En Agallpampa, los nombres aportados por la tejedora para los nombres del telar de cintura fueron los siguientes: *maychaque* para los dos travesaños hechos de madera de eucalipto que sostienen el telar, el primero cercano al cuerpo de la tejedora, y el segundo, al extremo opuesto, habitualmente fijado con una cuerda en forma de ye invertida a un tronco o a otro madero ubicado en el techo de la vivienda; la *kallwa*, el madero más móvil del sistema textil, lustroso y achatado, con los extremos en forma de espada, hecho habitualmente de tronco de *taya* (tara), pero cuyo nombre es indiferente por su origen quechua y su difusión panandina; el *chuguay*, este sí término de aspecto típicamente culle, que nombra a un conjunto formado por una varilla delgada y redondeada, fabricada de madera de eucalipto, que sostiene el lizo, el crucial «peine de hilo», que separa los hilos de la urdimbre y ayuda a levantarlos para pasar la trama; el *paltoque*, un tronco redondeado de maguey (*Agave americana*), que permite separar las dos caras de la urdimbre; y, finalmente, el *roque*, nombre que también nos es indiferente por su origen quechua,¹¹ y que alude a un pequeño instrumento «escarbador» que la tejedora guarda en el bolsillo de su mandil, hecho de la dura madera del *lloque* (*Kageneckia lanceolata*) y cuya función es corregir las irregularidades del tejido que se va formando, así como repasar la trama para destensarla. Aunque no contamos con una segunda informante para corroborar los datos, sí tenemos la suerte de tener documentación de finales del siglo XIX que confirma dos de los nombres aportados. Se trata de la «Memoria del sub-prefecto de la provincia de Otuzco», Lorenzo N. y Cava, publicada en *El Peruano* en 1874, en la que se mencionan, como parte del «instrumental fabril», aparte de la «callua», el *paltoque* y el *maychaque*.¹²

De este conjunto de nombres, *maychaque*, *paltoque* y *chuguay* son fuertemente sospechosos de pertenecer al fondo léxico culle, dado que los términos correspondientes en quechua y en aimara son distintos; a saber, *chuqata* (Apurímac) y *awana k'aspi* (Cuzco) para *maychaque*; *tuquru* (Cuzco) o *tuqusu* (Apurímac) para *paltoque*; e *illawa* —tanto en quechua como en aimara— para *chuguay* (Rowe 1978: 381; Büttner y Condori 1984). Por esta razón, les atribuyo carácter diagnóstico culle para los fines de este análisis. Comparemos este conjunto con los nombres correspondientes en la provincia de Cajamarca, de acuerdo con la tradición oral recopilada por el Proyecto Enciclopedia Campesina (1997) de la Red de Bibliotecas Rurales. Así, tenemos *cungallpos* o *cungallpios* para lo que en Otuzco registramos como *maychaque*; *illawa* para lo que en Otuzco corresponde a *chuguay*; la *kallwa*, que se llama igual que en Otuzco y también se hace de tronco de *taya*; el quechuismo *shongo* denomina lo que en Otuzco encontramos como *paltoque*; y, por último, no se registra un nombre para el pequeño *roque*, pero sí se describe una «hoja de maguey que sirve para apartar los hilos y meter calluas y cungalpios», llamada *putic* o *putig* (Proyecto Enciclopedia Campesina 1997: 71). Es interesante mencionar que en una región de Cajamarca ubicada más al noroeste, la provincia de Chota, los nombres son básicamente los mismos, según la importante descripción etnográfica de Geneviève Herold (1995), salvo que en Chota la denominación de *putig* se aplica al tronco de *Agave americana* que separa las caras superior e inferior de la urdimbre; es decir, al *shongo* cajamarquino y al *paltoque* otuzcano.

Si admitimos que este pequeño repertorio léxico especializado constituye un recurso para interpretar la identidad idiomática de ambas zonas, podemos obtener dos conclusiones: primero, la clara diferencia entre los nombres locales otuzcanos y los cajamarquinos apoya la hipótesis de una separación idiomática entre ambas regiones, en consonancia con lo que dice la toponimia analizada por Torero; en segundo lugar, la interesante correspondencia entre las provincias de Cajamarca y Chota en cuanto al léxico textil sugiere que entre las dos entidades idiomáticas denominadas *den* y *cat* por Torero, es la primera la que estos datos deben de estar atestiguando, ya que el actual territorio de Chota, exceptuando sus vertientes marítimas, corresponde a la zona *den* (Torero 2002: 255-260). En otro artículo he realizado un análisis pormenorizado de los nombres del telar de cintura en distintas localidades de la sierra norte del Perú, que incluye, además de Agallpampa, Cajamarca y Chota, datos de Santiago de Chuco, Cajabamba y Pallasca (Andrade 2011). Los resultados confirman la conclusión presentada en este documento.

4. Un antiguo sufijo diminutivo

Un segundo hallazgo de interés en nuestra corta visita a Agallpampa fue la comprobación de que un diminutivo ya registrado en la literatura se mostró vigente en el castellano de la zona, en competencia con el

castellano *-it-*, especialmente en el habla familiar y materno-infantil. Se trata del diminutivo *-ash-*, que contiene el fonema sibilante palatal /š/, muy productivo en la toponimia culle, como ha observado Adelaar (1990 [1988]: 92). Este diminutivo ya había sido mencionado en trabajos anteriores (Flores Reyna 2000; Cerrón-Palomino 2005), pero sin recibir un desarrollo específico, dada la orientación de ambos textos, el primero dedicado al registro léxico y el segundo a describir otro morfema prestado por el culle al «castellano regional», el aumentativo *-enque*. Rocío Caravedo (1992: 732) mencionó el supuesto sufijo «*acho / acha*», con africada y «pronunciado a veces con una palatal fricativa sorda», para «muchos lugares de la sierra», entre ellos, Santiago de Chuco, ubicado en nuestra zona de estudio, confundiendo el segmento *-ash-* con el diminutivo quechua *-cha*, punto sobre el que volveré después. Observemos, primero, el comportamiento de este diminutivo en los siguientes ejemplos:

(1)		
gato	gatasho	‘gatito’
cholo	cholasho	‘muchachito’
china	chinasha	‘muchachita’
bebe	bebasho	‘bebito’
balde	baldasho	‘baldecito’
flor	florasha	‘florcita’

Vemos en los ejemplos que el antiguo diminutivo se comporta de manera similar al *-it-* del castellano, es decir, insertándose entre el final de la base y la marca de género, salvo en el último ejemplo, en el que el castellano preferiría un apoyo consonántico, con la variante [-sit-] para derivar *florcita* y, en algunas variedades del idioma, [-esit-] para *florecita*. Nuestro *-ash-* se adosa, más bien, directamente a la base sin apoyo consonántico alguno. Los ejemplos también indican con claridad que el morfema es *-ash-* y no *-asho*, *-asha*, y conviene hacer la distinción para no generar confusiones en el análisis a partir del morfema de género.

Otra particularidad de nuestro sufijo reside en el hecho de que la palatalidad de la sibilante puede asimilarse al fonema /s/ cuando este forma el final de la base, como es el caso de *casa*, que desemboca en *cashasha* ‘casita’, y no en *casasha*. Caravedo (1992: 732) mencionó que «en la sierra norte, cuando la palabra termina en una sílaba con *s* (como *casa* o *voz*) se produce un mecanismo asimilatorio según el cual la *s* se palataliza y se pronuncia como *cachacha*, *vochacha*». La lingüista señaló que los datos para describir este proceso proceden de encuestas realizadas en la sierra norte, especialmente en Santiago de Chuco. Sin embargo, he confirmado en Otuzco, en Cajabamba —y también en Santiago de Chuco, en una visita previa, realizada a fines de la década de los ochenta— que el sufijo se pronuncia con sibilante palatal y no con africada, y que es como sibilante palatal que termina pronunciándose la *s* de la raíz *casa* en *cashasha*.¹³ Al parecer, una confusión perceptiva al interpretar fonéticamente sus datos llevó a la destacada colega y maestra a afirmar que el segmento es «probablemente proveniente del diminutivo quechua», *-cha*, que contiene una africada.

Que el diminutivo quechua no debe homologarse al segmento que estamos analizando queda claro si consideramos su aplicación, con matiz afectivo, a los nombres propios masculinos. Se trata de un empleo muy productivo de este diminutivo que ilustro a continuación, en la segunda columna, en contraste con la derivación correspondiente al diminutivo quechua, que incluyo en la tercera:

(2)		
Base	Diminutivo <i>-ash-</i>	Diminutivo <i>-cha</i>
Pablo	Pablasho	Pablucha
Manuel	Manuelasho	Manuelcha
Andrés	Andreshasho	Andrescha

De manera que *-cha* del quechua y *-ash-* tienen un comportamiento diferente en la derivación de nombres castellanos, lo que muestra que estamos ante segmentos diferentes, que se distinguen, además, en el ámbito fonético-fonológico, mediante la africada /č/ y la sibilante palatal /š/. Así, podemos concluir que

nuestro segmento no tiene origen quechua, como suponía Caravedo (1992). Antes bien, postulo origen culle para el morfema, atendiendo, en primer lugar, a la presencia de la sibilante palatal, recurrente, como hemos visto, en la antigua lengua. Este argumento, sin embargo, no resulta suficiente para la atribución idiomática, ya que tanto los quechuas centrales como los aimaras centrales cuentan con este segmento en su repertorio fonológico, y sus hablantes lo usan de manera consistente con matices afectivos. Por ello, es necesario atender a la distribución regional del diminutivo, que, como vimos, recorre diferentes localidades inscritas en la zona de emplazamiento del culle, a saber, Cajabamba, Otuzco y Santiago de Chuco. En cuanto al extremo sur de la región culle, Mendoza (1975: 22) aportó evidencia de la productividad del segmento en el habla infantil de Cabana, provincia de Pallasca, Áncash, presentando los siguientes ejemplos:¹⁴

(3)		
hermano		hermanasho
ojos		ojashos
sequia		sequisasha
Ramón		Ramonsasho ¹⁵

Para explicar el sorprendente hecho de que el castellano andino norteño de sustrato culle se haya prestado un morfema de la lengua indígena sojuzgada —y, previsiblemente, estigmatizada—, podemos echar mano de la explicación propuesta por Cerrón-Palomino (2005) sobre el problema equivalente de la supervivencia del sufijo aumentativo *-enque* en el mismo castellano regional.¹⁶ El mencionado estudioso argumenta que allí donde «las lenguas nativas cedieron tempranamente al castellano se dio una suerte de *pax lingüística*, y es en dicho contexto en el que, al perderse el recuerdo de la lengua nativa, desaparecía también todo espíritu inquisidor idiomático». Agrega el investigador que, en el caso de *-enque*, se sumaba el hecho favorable de que su fisonomía y su pronunciación parecían castellanicas (Cerrón-Palomino 2005: 136). En el caso de *-ash-*, notamos que ambas condiciones se cumplen para la explicación del problema planteado: en primer lugar, es claro que la extinción del culle en Agallpampa y sus alrededores debe de haberse producido hace por lo menos tres generaciones, a juzgar por las brumosas referencias a «alusiones de los mayores» a una «lengua antigua». En segundo término, dado que la sibilante palatal no era ajena al sistema fonológico castellano en el siglo XVI, el sufijo en cuestión pudo pasar al repertorio castellano sin mayores problemas en las primeras etapas de aprendizaje de la segunda lengua por parte de los culle-hablantes. Una vez incorporado como préstamo, con el correr del tiempo, los hablantes mantuvieron su vigencia una vez perdido «el recuerdo de la lengua nativa», dada la familiaridad con el segmento sibilante palatal, presente en diversidad de términos también prestados de la lengua de sustrato. Sirvan de ejemplos *shámbar*, *caisha* y *shiguillo*, ya mencionados en este artículo, a los que se suman otros como *cushal* ‘caldo, tomado muchas veces como desayuno’ (Adelaar 1990 [1988]: 96; Andrade 1995: 107-108), *cashallurto* ‘sopa de trigo, habas, arvejas y pellejo de chancho’ (Andrade 1995: 111) y *shique* ‘agua de la papa sancochada’ (Flores Reyna 2000: 192).

Por otra parte, dicha familiaridad habría frenado, en esta variedad particular, la tendencia a la velarización de los préstamos con sibilante palatal que experimentó la mayor parte de dialectos castellanos, tal como ha sucedido en la variedad urbana de Cajamarca con el préstamo *joyjona* ‘manta tradicional femenina de hilo de algodón, por lo general blanco y azul’, proveniente del quechua *shuyshuna*, lit. ‘cernidor’, y con el propio topónimo *Cajamarca* (< *kasha-marka* ‘pueblo de cactus’; Cerrón-Palomino 1976: 207-208). Compárese la solución cajamarquina (urbana) *joyjona* con *shushuna* ‘mantel’, en Huamachuco (Flores Reyna 2000: 193), procedente de la misma raíz quechua. De no mediar dicha familiaridad con la sibilante palatal, nuestro sufijo habría desembocado en un homófono con el sufijo diminutivo-despectivo castellano *-aj-*, observable en *migaja*, *terminajo* y *colgajo*.

Hay que resaltar, también, tomando en cuenta la pervivencia de los sufijos *-ash-* y *-enque*, el hecho de que ambos compartan matices semánticos centralmente afectivos, en especial productivos en el habla familiar y coloquial, lo que debe de haber potenciado sus probabilidades de mantenimiento.¹⁷ Este enfoque debería profundizarse de manera más específica, observando en qué sectores del léxico y en qué ámbitos

comunicativos ha sido más fecunda la influencia de la lengua indígena en el castellano andino norteño. Cabría preguntarse, en este marco, por qué ni los diminutivos ni los aumentativos castellanos han ofrecido alternativas suficientes para las necesidades comunicativas de los hablantes de la sierra norte, de manera que ha sido necesario para ellos preservar el antiguo legado indígena en este preciso sector del sistema lingüístico nativo. Un enfoque etnográfico y pragmático, capaz de explorar en el terreno las vinculaciones entre lengua y cultura, resultaría apropiado para abordar estas preguntas.

Ahora bien, para los objetivos de este artículo, lo más importante es subrayar que el diminutivo *-ash-* aparece registrado también en el territorio de la actual provincia de Cajamarca, a juzgar por la tradición oral, tal como ha sido recogida en los textos recopilados por la Asociación de Bibliotecas Rurales de Cajamarca, ya citados en este documento. En efecto, en dos escasos pero valiosos ejemplos, que sería necesario enriquecer mediante una recopilación específica en la zona,¹⁸ encontramos muestras de la vigencia del diminutivo en el valle de Cajamarca. En una tradición sobre las aficiones musicales del duende, personaje muy importante en las zonas rurales de la sierra norte, se dice lo siguiente: «Dicen que el duende toca caja y flauta dentro del agua, en unas pozas bien grandes. [...] Incluso mi hermana lo ha encontrado, pero no estaba tocando. [...] ella lo miró, pero como que dejó de mirarlo porque tenía miedo; cuando volteó de nuevo a mirarlo bien, agarró el *duendasho* y se fue por dentro de unas zarzas» (Proyecto Enciclopedia Campesina 1989: 53). En otra tradición sobre por qué una especie de ave local, el *indio pishgo*, solo avanza brincando, se hace referencia a su pasado como ser humano, un indio varón que se enfrenta a un sacerdote que lo encierra en una torre por haberle pegado a la esposa. El indio, envalentonado, amenaza al religioso con tumbar la torre de tres patadas. En este punto, el narrador comenta: «Qué pue la torre era bien doble, y con las *canillashas* que tenía el Indio-pishgo, daba gracia pensar que lo va a botar de tres patadas» (Red de Bibliotecas Rurales de Cajamarca 1986: 8).¹⁹

Si bien el carácter diminutivo puede no ser tan claro en el caso del duende, sí resulta nítido en el ejemplo que hace alusión a las canillas, porque de otro modo no tendría gracia para el narrador la bravuconada del personaje. Esta comprobación permite discutir una objeción del lingüista español Julio Calvo a la propuesta de considerar *-ash-* como diminutivo prestado al castellano por la lengua indígena. Para él, el morfema se debería relacionar, más bien, con el sufijo aumentativo del español estándar *-az-*, en una suerte de contrario semántico respecto del significado nuclear de este morfema (oposición que Calvo gusta describir con el término «espínico», innecesario desde mi punto de vista). A continuación el fragmento en el que el lingüista cuestiona la atribución del morfema al culle, junto con la del aumentativo *-enque* (Cerrón-Palomino 2005), morfema que, para Calvo, también debe atribuirse al castellano peninsular, vía la forma *-engue*, como en *blandengue*:

«En el ámbito del español, el sufijo *-enque / -engue* se da en diversos lugares (Honduras: *machengue* ‘machote’, *mejengue* ‘enredo’; en Cuba y Chile tenemos *fuñingue* ‘débil’, entre otros) y hay siempre un significado subyacente de algo grande o exagerado y/o feo: *cañingue* (como *enclenque*), *perendengue* ‘arete’, *bullarengue* ‘nalgas voluminosas’, *perrengue* ‘emperrado’ o el célebre *potingue* de las farmacias. A ellos se suman, con igual semántica, los peruanismos aportados por Cerrón-Palomino: *feyengue*, *flaquenque*, etc.; ello obliga a una revisión de esta aventurada hipótesis, lo mismo que la del sufijo *-asho* (esp. pen. *-azo*), con significado espínico aumentativo / diminutivo» (Calvo 2007: 216).

Calvo no analiza los ejemplos citados por Cerrón-Palomino (2005: 136) para nuestro diminutivo, los cuales proceden de Flores Reyna (2000): *carasha* ‘carita’, *ojasho* ‘ojito’, *pesqueshasho* ‘pescuecito’, y no explica por qué no se mantiene en ellos el significado aumentativo y, más bien, solo se observa el matiz diminutivo. Adicionalmente, existen pares mínimos entre el aumentativo castellano *-az-* y el diminutivo que estamos analizando, tal como hemos observado en Otuzco, donde se diferencia claramente *picazo* ‘pico grande de un ave’ de *picasho* ‘pico pequeño de un ave’ y *ojasho* ‘ojito’ de *ojazo* ‘ojo grande’.²⁰ En cuanto a *-enque*, Calvo no explica por qué los ejemplos norteños solo se dan conclusiva velar sorda (*-enque*), y no conclusiva velar sonora (*-engue*), cuando tanto el castellano de la zona como la lengua indígena de sustrato contaban con /g/ en su repertorio fonético-fonológico. Establecer dicha relación sería necesario para vincular con justicia el *feyengue* y el *flaquenque* del castellano andino norteño con *machengue*, *mejengue*,

fuñingue, cañingue, perendengue, bullarengue, perrengue y potingue, entresacados de variedades de español americano tan diversas como la cubana, la chilena y la hondureña. De este modo, podemos considerar la objeción como un ejemplo de la tendencia, ya observada por De Granda (2001: 11) para la lingüística hispanoamericana, a priorizar, sistemáticamente y sin comprobación empírica, los elementos internos como determinantes del cambio lingüístico frente a los externos, «entre los que figuran, muy destacadamente, los derivados del contacto de lenguas».

Para resumir esta sección, diré que, en primer lugar, la distribución regional y, de manera secundaria, la textura fónica de *-ash-* apuntan a atribuir el morfema al fondo idiomático culle. Es claro, en segundo término, que debemos descartar su atribución al quechua (Caravedo 1992), así como al castellano (Calvo 2007). Por otra parte, el hecho de que los castellanos regionales de Otuzco y del valle de Cajamarca compartan el mismo sufijo de origen indígena sugiere que ambas variedades estuvieron en contacto con el mismo idioma de sustrato. Dado que, como hemos visto, Otuzco se encuentra emplazado en plena zona de distribución del culle, el idioma compartido no puede ser otro que este. Así, este segundo caso aporta un resultado contradictorio con el léxico textil, al apuntar hacia una identidad idiomática entre ambas zonas. Para explicar esta aparente paradoja, propondré una vía de solución en el siguiente apartado.

5. Discusión: lenguas norteñas y pasado andino

Quiero proponer, en esta sección final, que el contraste mostrado por los casos del léxico textil y el diminutivo *-ash-* constituye una ilustración de la paradoja mayor que revisamos anteriormente: el hecho de que la toponimia estudiada por Torero (1989) y el apunte sobre léxico indígena de origen no quechua en las variedades quechuas de Cajamarca (Adelaar, con la col. de Muysken 2004) avanzan en direcciones distintas en cuanto a la dilucidación de la identidad idiomática preincaica y prehispánica del valle de Cajamarca. La aparente contradicción puede resolverse si dejamos de pensar en un sustrato único antes del advenimiento del quechua y del castellano a la zona. Antes bien, los datos invitan a pensar en términos de un conjunto sucesivo y complejo de estratos lingüísticos, uno de ellos asociado a la lengua culle y otro probablemente vinculado al fondo idiomático den (y no al cat, como parecía suponer Torero). Tales estratos idiomáticos reflejarían diferentes configuraciones sociales y culturales en el antiguo territorio cajamarquino, tal como sugieren los estudios arqueológicos llevados a cabo en el actual departamento norteño. Por ejemplo, el trabajo de Watanabe sobre el sitio arqueológico de Tantarica, en Contumazá, concluye señalando tantas diferencias formales entre el antiguo Contumazá y el valle de Cajamarca, tanto en la cerámica como en la arquitectura, que se impone la hipótesis de trabajo de «una heterogeneidad dentro del reino de Cuismanco antes de la llegada de los incas» (Watanabe 2003: 129).

La heterogeneidad cultural sugerida entre el valle de Cajamarca y el territorio del actual Contumazá aporta un punto de referencia interesante para pensar los hechos lingüísticos. Aunque ese no sea necesariamente el caso de Contumazá, para el territorio de la actual provincia de Cajamarca, los datos invitan a pensar en una separación temporal importante entre los dos estratos idiomáticos postulados. El contacto que se debió establecer entre el castellano y el culle tanto en Otuzco, La Libertad, como en el valle de Cajamarca sitúa a este último idioma como el protagonista del estrato más tardío. Este carácter posterior se evidencia en el léxico común entre el quechua cajamarquino y los términos indígenas de Santiago de Chuco, así como en un pequeño pero productivo elemento de la morfología del castellano regional, el sufijo diminutivo *-ash-*. Si es correcta la hipótesis de que los «enclaves» quechuas de Porcón y Chetilla constituyen una muestra de la avanzada huari en la región (Adelaar 2012), el culle debió haber estado asentado como idioma hegemónico en el territorio del valle de Cajamarca por lo menos en la fase Cajamarca Medio, según la cronología vigente (Terada y Matsumoto 1985), dado que la presencia huari en Cajamarca se remonta o bien al final de la fase Cajamarca Medio A o a inicios de Cajamarca Medio B, de acuerdo con la investigación arqueológica (Watanabe 2002: 537).²¹ Para Adelaar (2012), dicha avanzada hacia el norte debe ubicarse en la etapa expansiva de Huari, poco antes de su declive, alrededor de 900 d.C. En cualquier caso, si el culle no hubiera estado emplazado en la zona antes de la llegada del quechua, no se explicaría la presencia de léxico proveniente de este idioma en las variedades quechuas cajamarquinas.

De este modo, el fondo toponímico den, junto con el léxico indígena más conservador que no se puede atribuir al quechua —como los términos textiles cajamarquinos revisados en este trabajo—, constituiría el estrato idiomático más antiguo en el territorio de la actual provincia de Cajamarca. Si tomamos en cuenta la identidad del léxico textil entre el valle de Cajamarca y Chota, este estrato debió corresponder al fondo idiomático den y no al cat como, al parecer, suponía Torero (1989: 234). Como ha sugerido este autor (1989: 232-233), el estrato den también estaría atestiguado en la pequeña lista de palabras vinculadas a la «poliginia señorial» vigente en Contumazá hasta el siglo XVII, según el testamento de don Sebastián Ninalingón, curaca de Xaxadén: los términos *nus* ‘esposa principal’, *losque* y *mizo* ‘esposas secundarias y jóvenes’ (Espinoza Soriano 1977).²²

La figura propuesta, sin embargo, no tendría que haber sido compartida por el conjunto del territorio cajamarquino, especialmente en el flanco sureño occidental, donde se ubica la actual provincia de Contumazá y donde se asentaba, según los datos etnohistóricos, el antiguo «reino de Cuismanco» y, de acuerdo con Torero (1989: 233), también el núcleo lingüístico den. Propongo que en dicha región, el fondo idiomático den continuó vigente hasta la llegada del quechua y, posiblemente, también del castellano. Me baso para ello en un hecho toponímico que pasó inadvertido para Torero (1989), y es la presencia de topónimos mixtos quechua-den, y tal vez castellano-den, en el corpus analizado por este autor. En efecto, se encuentran en su listado de 69 topónimos representativos del área postulada,²³ siete que tienen un primer componente claramente quechua o quechumara:²⁴ *Lampadén*, *Marcadén*, *Cuscudén*, *Llamadón*, *Cascadén*, *Puchudén* y *Cochadén*, mientras que otros tantos contienen componentes de posible origen quechua o quechumara, pero sin tanta claridad como en el grupo anterior, por presentar secuencias sonoras que bien podrían ser homófonas con las de otros fondos idiomáticos andinos: *Yapodén*, *Conchudén*, *Casadén*, *Andadén*, *Chuquitén*, *Cuidén* y *Llangadén*. De cualquier forma, el primer grupo no deja lugar a dudas sobre el contacto establecido entre el fondo idiomático den y el quechua, por lo menos en el sector sureño occidental del actual territorio de Cajamarca. Hay, además, dos topónimos que muestran un posible componente castellano: *Campodén* y *Tumbadén*.

Este análisis llama a tomar con cautela la indicación de Torero (1989: 232) sobre la inexistencia de topónimos compuestos castellano-den y cuestiona, de manera directa, la supuesta ausencia de compuestos quechua-den, lectura que hizo sospechar erróneamente al estudioso que «cuando el quechua empezó a extenderse en la zona, el den ya no se encontraba muy activo». Para dilucidar este problema con más elementos de juicio, se impone una recopilación exhaustiva de la toponimia menor en las zonas cajamarquinas involucradas. Cabe resaltar, sin embargo, que Torero precisó que la mayor densidad toponímica den se encuentra en Contumazá y, por ello, conjeturó que tal vez fue en esta zona que el idioma se conservó por más tiempo (1989: 232). El mismo autor destacó que el alto grado de quechuización del valle cajamarquino habría eliminado en esta zona cierto número de topónimos correspondientes al fondo cat, puesto que la cuenca del río de Cajamarca es una de las zonas donde la toponimia cat «aparece como único exponente de idioma oriundo de la sierra septentrional peruana», compitiendo con los nombres quechuas y castellanos (1989: 234). Sin embargo, este fondo arcaico también habría podido corresponder a la toponimia den, a juzgar por las correspondencias léxicas en los nombres del telar de cintura entre Cajamarca y Chota. Hay que mencionar, finalmente, que la tímida pero clara presencia de toponimia culle en el valle cajamarquino —como en los nombres de los ríos *Mashcón* y *Porcón*, este último también denominación de dos importantes localidades de la zona— es consistente con el análisis presentado.

En conclusión, en el valle de Cajamarca, el culle habría constituido el estrato idiomático previo a la llegada del quechua y también del castellano, tal como lo fue en la antigua «provincia» de Huamachuco. Así, los cronistas que dejaron testimonio de la identidad lingüística y cultural entre ambas regiones (Cieza de León 1984 [1553]: 235-236; Pizarro 1986 [1571]: 73) habrían sido testigos de los últimos momentos de un estadio relativamente largo de unidad idiomática y cultural entre Huamachuco y Cajamarca, en la fase Cajamarca Final —y no se habrían referido al quechua IIA, como piensa Torero (1989: 244)—, pero no habrían dado noticia del estrato lingüístico cajamarquino más antiguo. Este estrato, correspondiente al fondo den, se habría mantenido vigente en regiones más occidentales del actual territorio cajamarquino, posibilidad que va de la mano con la hipótesis de trabajo sobre una dinámica cultural heterogénea entre el valle de Cajamarca y el territorio del actual Contumazá (Watanabe 2003). La propuesta presentada invita a

matizar la idea, sostenida por Torero, de que «las fuerzas impulsoras de los idiomas culle y den [...] se equilibraron de modo que ninguno desbordó sobre predios del otro; y si, a la larga, uno de ellos se mostró más vigoroso (en el caso, el culle) fue en su capacidad para sobrevivir más tiempo frente a terceros agresores, y no más ya para amenazar con invadir el territorio ajeno» (1989: 234). El material revisado apunta a una solución más compleja, tanto en términos de la separación temporal como de la distribución geopolítica de los idiomas hablados en la Cajamarca prehispánica. La intensidad de los contactos y la complejidad de las fronteras idiomáticas en la sierra norte prehispánica parecen obligarnos a conjugar metáforas: no basta hablar de mosaicos lingüísticos minuciosamente fragmentados, sino también de estratos dentro de cada fragmento del mosaico, sin olvidar que la imagen transversal que parezca mostrar cada uno de ellos no necesariamente podrá ser generalizada al conjunto.

Notas

¹ Para la zona de La Libertad, en las provincias de Patatz y Bolívar, sería necesario hilar más fino acerca de este punto.

² Me quiero referir brevemente al mito de creación huamachuquino, tal como ha sido registrado por los agustinos evangelizadores (San Pedro 1992 [1560]). Sabemos que los mitos no deben ser tomados como fuentes de datos positivos sino como representaciones simbólicas complejas que aluden de manera indirecta, e ideológicamente elaborada, a los procesos históricos que atraviesan las poblaciones que los crean; en el caso andino, por lo demás, su análisis está atravesado por el intrincado tema de la textualización operada con el material mitológico por parte de cronistas españoles, mestizos o indios. Sin embargo, el trabajo de Topic (2008 y especialmente 1992) ha mostrado con claridad que, para el caso de Huamachuco, es posible establecer relaciones sólidas entre las referencias míticas y el espacio geográfico. En ese sentido, no deja de llamar la atención que en el mencionado mito se aluda a los *huachemines* «pescadores» como enemigos de los fundadores de Huamachuco, y que la pacarina de los huamachuquinos se haya situado en las cercanías de la cuenca del Santa (en «el cerro i puna llamado Guacat»), identificado como el contemporáneo cerro de Huacate por Topic (1992: 62). Otro aspecto por tomar en cuenta es la relación entre el nombre del dios costeño Con y la palabra culle homónima, que significaba 'agua' según las listas de Martínez Compañón y el padre Gonzales. Agradezco a Rodolfo Cerrón-Palomino por haberme mostrado el interés de este último vínculo.

³ La estrofa inicial de este huaino dice «Agallpampa, terruño andino / Eres el cruce de todos los caminos / Del hombre errante que anda sin fin».

⁴ Parte de estos documentos, los referentes a la visita de Sinsicap, han sido comentados por Marzal (1983), pero la mayor parte obra inédita en el Archivo Arzobispal de Trujillo. Además, forman parte de dicho archivo los legajos de la hacienda de Uningambal, del siglo XVIII, sobre la administración fallida de los sacramentos a los indios de las haciendas de Uningambal, Angasmarca y Carabamba, pertenecientes a la jurisdicción eclesiástica de Otuzco, dado que en ellas «se habla la lengua culle y que los indios no entienden la española, particularmente las mujeres» (Papeles de la hacienda Uningambal, carta de fray Pablo Ponce de León al obispo de Trujillo, 6 de setiembre de 1746, fol. 19, citado por Pantoja 2000: 125). Diego Zumelzú, mencionado en la visita de Molleda y Clarke, declara en uno de esos autos que los indios de las haciendas antedichas «hablan la lengua Culle y tal cual de ellos la general y que está adulterada y no perfectamente y que totalmente no entienden ni hablan la castellana» (Papeles de la hacienda Uningambal, carta de fray Pablo Ponce de León al obispo de Trujillo, 6 de setiembre de 1746, leg. 1, fol. 4, citado por Pantoja 2000: 125). En otro de estos documentos, el capellán Pablo Ponce de León afirma que la lengua «culli» es «idioma tan bronco y difícil, que aun los más expertos en la lengua general no son capaces de predicar, ni rezar en dicho idioma». Agradezco a Manuel Flores Reyna por haberme facilitado su transcripción de algunos de estos papeles.

⁵ Para una discusión sobre estas palabras, véase Andrade (1995: 104-107); Adelaar (1990 [1988]) es quien propone su origen culle.

⁶ Esta visita fue realizada con la asistencia del profesor Roger Gonzalo Segura, en el marco de un proyecto financiado por la Dirección Académica de Investigación, hoy Dirección de Gestión de la Investigación, de la Pontificia Universidad Católica del Perú. El proyecto tuvo como objetivo recabar datos para describir el castellano de Otuzco desde el punto de vista dialectológico.

⁷ *Poña* es una palabra muy interesante, porque aparte de su significado agrario, también hace alusión a pelusas vegetales que vuelan por los aires, como las que se desprenden de la flor seca del diente de león (*Taraxacum officinale*), llamado *chicoria* o *achicoria* en la zona, como en muchas variedades de castellano, de manera que la cobertura semántica de *poña* es más amplia que la del castellano *rastrojo*. Para un tratamiento algo más detallado, véase Andrade (2009: 27).

⁸ Ni Brack Egg (1999) ni Soukup (1970) incluyen información sobre los nombres *cautagora* y *churguís*. En el futuro se debe realizar una descripción minuciosa de estas y otras especies vegetales de la sierra norte que conservan nombres atribuibles al culle.

⁹ Como sostendré en la discusión, si bien hay razones para apoyar el planteamiento general de Torero (1989) sobre las posibles lenguas den y cat, se requiere revisar nuevamente el corpus analizado por él, puesto que, por lo menos en el listado den, no se han detectado apropiadamente los componentes quechuas presentes en algunos compuestos. Este corpus, además, debería ser complementado mediante la recolección de toponimia menor, dado que el estudioso se centró en los nombres registrados en la Carta Nacional del Instituto Geográfico Nacional.

¹⁰ En Agallpampa hemos registrado las tres palabras mencionadas. *Dasdás* no solo se usa como una exclamación para apremiar al interlocutor, sino también como una expresión adverbial de inmediatez; asimismo, se registra solamente *das*, además de la variante reduplicada: *Y das lo cogió la gallina* ‘e inmediatamente cogió la gallina’.

¹¹ La palabra figura en el vocabulario de González Holguín (<ruqui> ‘el hueso con que tupen [la ropa cuando se teje]’) y está vigente hoy en día entre los tejedores de Anta, Cuzco.

¹² El documento también se refiere como *chambo* a la sogá que une el *maychaque* superior al árbol o a la viga del techo. Para nuestra colaboradora, esta era, simplemente, *la soguita*.

¹³ Flores Reyna (2000: 177) aportó el ejemplo *pescueshasho* ‘de cuello corto o pequeño’, coincidente con mi descripción.

¹⁴ Agradezco a la lingüista María C. Chavarría Mendoza por orientarme hacia el documento de Mendoza Cuba y facilitarme, generosamente, un ejemplar.

¹⁵ Nótese, en los dos últimos ejemplos, tendencias morfofonémicas distintas de las observadas en Otuzco; en primer lugar, un alomorfo *-sash-* en *sequisasha* y *Ramonsasho* y, en segundo término, la ausencia de palatalización de la primera sibilante, que sería lo esperable en Otuzco: *sequishasha* y *Ramonshasho*.

¹⁶ El mencionado aumentativo ya no es productivo en Otuzco, donde se usan, exclusivamente, los morfemas castellanos *-az-*, *-isim-* y *-ón*. Donde sí he podido confirmar la vigencia de *-enque* es en Cajabamba (Cajamarca), en una temporada de campo realizada en marzo de 2010, también gracias al apoyo de la Dirección de Gestión de la Investigación de la Pontificia Universidad Católica del Perú y con la asistencia de Roger Gonzalo.

¹⁷ En Agallpampa hemos registrado también un segundo diminutivo indígena, de menor productividad que *-ash-*: el morfema *-an-*, como en *manano* ‘manito’ y *viejano* ‘vejito’. La distinción semántica y sociolingüística entre ambos segmentos dista de estar clara, puesto que los mismos colaboradores pueden derivar *cholano* ‘cholito, muchachito’ en una situación comunicativa concreta y, minutos después, producir *cholasho*, aparentemente con el mismo significado y función. Se requeriría una indagación más específica para resolver este problema. En este punto de mi argumento, solo quiero resaltar la llamativa pervivencia de dos diminutivos indígenas, morfemas de uso marcadamente afectivo.

¹⁸ Incidentalmente, en una corta visita a Cajamarca en marzo de 2010, pude escuchar a dos niños trabajadores, en el cerro Santa Apolonia, utilizar el sufijo mientras jugaban con canicas: ¿*Tapadasha* o no *tapadasha*? se preguntaban el uno al otro, aludiendo a la posibilidad de «tapar» o no «tapar» la canica con la mano puesta sobre el suelo a manera de arco. Interpreto la pregunta como ‘¿tapadita o no tapadita?’.

¹⁹ ¿*Qué, pue?* es la expresión inicial, y la hemos registrado también en Otuzco con el matiz de incredulidad, sorpresa y asombro.

²⁰ Mendoza (1975: 5) aportó el par mínimo /gat-ás-o/ ‘gatazo’ y /gat-áš-o/ ‘gatito’ para el habla infantil de Cabana, Pallasca.

²¹ El contacto inicial de Huari con Cajamarca se dio, supuestamente, al final del Horizonte Medio 1B, con un florecimiento posterior, en el Horizonte Medio 2 (Watanabe 2002: 536). El mismo autor apunta, siguiendo a J. P. Thatcher, que los datos de este autor coinciden con los de Huamachuco. Para Isbell (2001: 21), la expansión huari hacia Cajamarca se produjo —junto con las avanzadas huari hacia el valle de Moquegua, el Cuzco y la costa— después del abandono de Conchopata y el traslado al sitio de Huari, durante el Horizonte Medio 2A. Cabe mencionar que Isbell (2002: 470) llama a redoblar el trabajo en la zona adyacente a Cajamarca y afirma que «los arqueólogos [...] no parecen haber entendido adecuadamente la influencia wari en el norte, incluyendo Moche, Cajamarca y Huamachuco».

²² Como señaló Torero (1989), la atribución de estos vocablos al culle por parte de Espinoza Soriano es arbitraria.

²³ He descartado del conteo los topónimos que se repiten.

²⁴ Utilizo el término *quechumara* en uno de los sentidos propuestos por Cerrón-Palomino (2000): el de «común a los fondos idiomáticos quechua y aimara».

REFERENCIAS

Adelaar, W. H. F.

1990 En pos de la lengua culle, en: R. Cerrón-Palomino y G. Solís Fonseca (eds.), *Temas de lingüística amerindia. Primer Congreso Nacional de Investigaciones Lingüístico-Filológicas*, 83-105. Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología/Deutsche Gesellschaft für Internationale Zusammenarbeit, Lima.

2012 Cajamarca Quechua and the Expansion of the Huari State, en: P. Heggarty y D. G. Beresford-Jones (eds.), *Archaeology and Language in the Andes*, 197-217, Proceedings of the British Academy 173, Oxford University Press, London.

Adelaar, W. H. F., con la colaboración de P. C. Muysken

2004 *The Languages of the Andes*, Cambridge University Press, Cambridge.

Andrade Ciudad, L.

1995 La lengua culle: un estado de la cuestión, *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua* 26, 37-130.

- 2009 Las lenguas indígenas del pasado, en: L. Andrade Ciudad y J. I. Pérez, *Las lenguas del Perú*, 36-79, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- 2011 El léxico del telar de cintura en la sierra norte del Perú, en: W. F. H. Adelaar, P. Valenzuela Bismarck y R. Zariquiey Biondi (eds.), *Estudios en lenguas andinas y amazónicas. Homenaje a Rodolfo Cerrón-Palomino*, 53-72, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- Brack Egg, A.**
1999 *Diccionario enciclopédico de plantas útiles del Perú*, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo/Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas, Cuzco.
- Brüning, H. H.**
1989 Olmos, en: H. Brüning, *Estudios monográficos del departamento de Lambayeque* (recopilación de J. M. Vreeland, [1922] Jr.), 41-82, Sociedad de Investigación de la Ciencia, Cultura y Arte Norteño, SICAN, Chiclayo.
- Büttner, T. T. y D. Condori**
1984 *Diccionario aimara-castellano. Arunakan liwru Aymara-Kastillanu*, Proyecto Experimental de Educación Bilingüe, Lima/Puno.
- Calvo, J.**
2007 Reseña de: H. Olbertz y P. Muysken (eds.), Encuentros y conflictos: bilingüismo y contacto de lenguas en el mundo andino, *UniverSOS* 4, 215-216.
- Caravedo, R.**
1992 Espacio geográfico y modalidades lingüísticas en el español del Perú, en: C. Hernández (coord.), *Historia y presente del español de América*, 719-741, Junta de Castilla y León, Valladolid.
- Cerrón-Palomino, R.**
1976 Notas para un estudio científico de la toponimia quechua, *San Marcos* 17, 189-211.
1995 *La lengua de Naimlap: reconstrucción y obsolescencia del mochica*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
2000 *Lingüística aimara*, Biblioteca de la Tradición Oral Andina 21, Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas, Lima.
2004 Lenguas de la costa norte peruana, en: Z. Estrada, A. V. Fernández y A. Álvarez (eds.), *Estudios en lenguas amerindias. Homenaje a Ken L. Hale*, 81-105, Universidad de Sonora, Hermosillo.
2005 La supervivencia del sufijo *culli -enque* en el castellano regional peruano, en: H. Olbertz y P. Muysken (eds.), *Encuentros y conflictos: bilingüismo y contacto de lenguas en el mundo andino*, 125-138, Lengua y Sociedad en el Mundo Hispánico 14, Iberoamericana/Vervuert, Madrid/Frankfurt am Main.
- Cieza de León, P. de**
1984 *Crónica del Perú. Primera parte* (introducción de F. Pease G.-Y., nota de M. Maticorena), Clásicos Peruanos, [1553] Pontificia Universidad Católica del Perú/Academia Nacional de la Historia, Lima.
- Espinoza Soriano, W.**
1977 La poliginia señorial en el reino de Caxamarca. Siglos XV y XVI, *Revista del Museo Nacional* 63, 399-466.
- Flores Reyna, M.**
2000 Recopilación léxica preliminar de la lengua culle, *Tipsbe* 1 (1), 173-197.
- González Holguín, D.**
1989 *Vocabulario de la lengua general de todo el Perú llamada lengua qquichua o del Inca* (presentación de R. Matos; prólogo de R. Porras Barrenechea), 3.^a ed., edición facsimilar de la versión de 1952, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
- Granda, G. de**
2001 El influjo de las lenguas indoamericanas sobre el español. Un modelo interpretativo sociohistórico de variantes areales de contacto lingüístico, en: G. de Granda, *Estudios de lingüística andina*, 9-35, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

- Herold, G.**
1995 *Les alforjas de Chota: tissage, échanges et portage dans les Andes de Cajamarca (Pérou)*, Institut d'Ethnologie, Université de Neuchâtel, Neuchâtel.
- Isbell, W. H.**
2001 Repensando el Horizonte Medio: el caso de Conchopata, Ayacucho, Perú, en: P. Kaulicke y W. H. Isbell (eds.), Huari y Tiwanaku: modelos vs. evidencias. Primera parte, *Boletín de Arqueología PUCP* 4 (2000), 9-68.
2002 Reflexiones finales, en: P. Kaulicke y W. H. Isbell (eds.), Huari y Tiwanaku: modelos vs. evidencias. Segunda parte, *Boletín de Arqueología PUCP* 5 (2001), 455-479.
- Martínez Compañón, B.**
1978 *Trujillo del Perú en el siglo XVIII* (edición de T. Armiñán; apéndices de M. Ballesteros), vol. 2, Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid.
[1790]
- Marzal, M.**
1983 *La transformación religiosa peruana*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- Mendoza, A.**
1975 Sustantivos en el habla coloquial de los niños de Cabana. Informe complementario de la investigación «El lenguaje del niño peruano hispanohablante», Instituto Nacional de Investigación y Desarrollo de la Educación, Lima.
- Pantoja, I.**
2000 Presencia del culli en el castellano regional de Santiago de Chuco-La Libertad, tesis de maestría, Facultad de Letras y Ciencias Humanas, Escuela de Post-Grado, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
- Pizarro, P.**
1986 *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú* (edición, consideraciones preliminares de G. Lohmann [1571] Villena; nota de P. Duviols), Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- Proyecto Enciclopedia Campesina**
1989 *¡Música maestro! Los instrumentos musicales en la tradición cajamarquina*, Nosotros los Cajamarquinos 5, Asociación para el Desarrollo Rural de Cajamarca, Cajamarca.
1997 *Tintes y tejidos: tradición oral cajamarquina*, 2.ª ed., Acku Quinde, Cajamarca.
- Quesada, F.**
1976a *Diccionario quechua: Cajamarca-Cañaris*, Ministerio de Educación/Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
1976b *Gramática quechua: Cajamarca-Cañaris*, Ministerio de Educación/Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- Red de Bibliotecas Rurales de Cajamarca**
1986 *El indio pishgo y otros cuentos*, Tarea, Lima.
- Rivet, P.**
1949 Les langues de l'ancien diocèse de Trujillo, *Journal de la Société des Américanistes, Nouvelle Série* 38, 1-52.
- Rowe, A. P.**
1978 Prácticas textiles en el área del Cusco, en: R. Ravines (comp.), *Tecnología andina*, 369-398, Fuentes e Investigaciones para la Historia del Perú 4, Instituto de Estudios Peruanos/ITINTEC, Lima.
- San Pedro, J. de**
1992 *La persecución del demonio. Crónica de los primeros agustinos en el norte del Perú (1560)* (transcripción de E. E. [1560] Deeds; estudios preliminares de L. Millones, J. Topic y J. L. González), Nuestra América 1, Algazara/Centro Andino y Mesoamericano de Estudios Interdisciplinarios, Málaga/México, D.F.
- Silva Santisteban, F.**
1986 La lengua culle de Cajamarca y Huamachuco, en: F. Silva Santisteban, W. Espinoza Soriano y R. Ravines (comps.), *Historia de Cajamarca. Vol. II, Etnohistoria y lingüística*, 365-369, Instituto Nacional de Cultura, Corporación de Desarrollo de Cajamarca, Cajamarca.
- Soukup, J.**
1970 *Vocabulario de los nombres vulgares de la flora peruana*, Colegio Salesiano, Lima.

Terada, K. y R. Matsumoto

- 1985 Sobre la cronología de la tradición Cajamarca, en: F. Silva Santisteban, W. Espinoza Soriano y R. Ravines (comps.), *Historia de Cajamarca. Vol. I, Arqueología*, 67-89, Instituto Nacional de Cultura, Corporación de Desarrollo de Cajamarca, Cajamarca.

Topic, J. R.

- 1992 Las huacas de Huamachuco: precisiones en torno a una imagen indígena de un paisaje andino, en: J. de San Pedro, *La persecución del demonio. Crónica de los primeros agustinos en el norte del Perú (1560)* (transcripción de E. E. Deeds; estudios preliminares de L. Millones, J. Topic y J. L. González), 39-99, Nuestra América 1, Algazara/Centro Andino y Mesoamericano de Estudios Interdisciplinarios, Málaga/México, D.F.
- 2008 El santuario de Catequil: estructura y agencia. Hacia una comprensión de los oráculos andinos, en: M. Curatola y M. S. Ziolkowski (eds.), *Adivinación y oráculos en el mundo andino antiguo*, 71-95, Colección Estudios Andinos 2, Pontificia Universidad Católica del Perú/Instituto Francés de Estudios Andinos, Lima.

Torero, A.

- 1989 Áreas toponímicas e idiomas en la sierra norte peruana: un trabajo de recuperación lingüística, *Revista Andina* 13, 217-257.
- 2002 *Idiomas de los Andes: lingüística e historia*, Travaux de l'Institut Français d'Études Andines 162, Instituto Francés de Estudios Andinos, Horizonte, Lima.

Watanabe, S.

- 2002 Wari y Cajamarca, en: P. Kaulicke y W. H. Isbell (eds.), *Huari y Tiwanaku: modelos vs. evidencias. Segunda parte*, *Boletín de Arqueología PUCP* 5 (2001), 531-541.
- 2003 El reino de Cuismancu: orígenes y transformación en el Tawantinsuyu, en: P. Kaulicke, G. Urton y I. Farrington (eds.), *Identidad y transformación en el Tawantinsuyu y en los Andes coloniales. Perspectivas arqueológicas y etnohistóricas. Primera parte*, *Boletín de Arqueología PUCP* 6 (2002), 107-136.